

Brisa C. Rosiles

17 May. 2022

Dra. Carolyn Gonzalez

SPAN 425

Libertad mediante la secularización de la sociedad mexicana

Temporada de Huracanes de Fernanda Melchor nos arrastra con brusquedad a un lugar marginal y abandonado lleno de violencia. La historia nos sitúa en dicho lugar, un rancho ficticio de Veracruz alejado de los bellos paisajes costeros, pero que comparte el calor y la humedad del sureste del país. La Matosa es un lugar de paso cuyos habitantes viven de las migajas de la petrolización reduciendo sus posibilidades de estabilidad económica a la prostitución, la corrupción y el narcotráfico; es un hoyo negro que consume toda posibilidad de una vida de prosperidad para los personajes de la novela, pero que de alguna forma les permite orbitar sin ataduras entre sus entrañas al reunir “discapacidad y rareza: rancheros homosexuales, madres prostitutas, machos tullidos, adolescentes calientes y una decadente bruja que elabora brebajes con garras mugrosas” (Rivas, Luz y Román 66). En un canal aledaño se encuentra el cadáver de una mujer, La Bruja, que como venganza en forma de hechizo, desata una tormenta que desnuda a los hombres que estuvieron en contacto con ella, pero afectando a su paso a las mujeres que reconocían su trabajo y su lugar como miembro de la sociedad. Este “hechizo” pone en evidencia los diarios de la vida íntima de Luismi, Brando, y Chavela, que a su vez construyen la vida y muerte de La Bruja.

A través de su prosa llena de coloquialismo y escasos respiros gramaticales, Melchor nos deja conocer la vida de personajes que tuvieron alguna conexión con La Bruja y su deceso. Muchos de ellos haciéndose de una vida con las precariedades socioeconómicas del lugar donde

viven que los ha dotado de una libertad intrapersonal por medio de la ausencia de moral religiosa, y en algunos casos de la aceptación de aptitudes de seres sobrenaturales, que a la vez les castiga en el plano físico donde no se les permite existir como individuos. Se trata de personajes que pertenecen a dos comunidades vulnerables ante la sociedad machista mexicana: mujeres y personas del colectivo LGBT+. Por medio de los personajes de Chavela y Luismi, en este ensayo se analiza cómo la falta de la doctrina cristiana les permite ejercer libertad sobre su cuerpo. A estos personajes se suman La Bruja y Brando, que al aceptar personificar seres fantásticos, bruja y diablo respectivamente, consiguen liberarse de la hetero normatividad cuestionando la identidad de género y la orientación sexual, sugiriendo así un posible escape de la discriminación y devaluación personal para ambos grupos a través de la secularización de la sociedad mexicana, al retar ciertos valores morales inculcados por la religión católica.

Conversaciones acerca de la prostitución, el aborto y la orientación sexual

A través de Chavela se llevan a cabo conversaciones a cerca del aborto y la sexualidad femenina, dos temas que a la sociedad mexicana aún considera delicados de acuerdo a la oposición que proviene de la influencia que tiene la religión católica sobre los ciudadanos.

El oficio de Chavela es la prostitución. Esta mujer emigra en busca de un sustento que la lleva a parar a este hoyo negro llamado La Matosa. Después de recibir poco dinero del único trabajo que encontró decide “empez[ar] en esto de la putería [ella] sola” (Melchor 142), con esto logra hacerse de un ingreso estable. Aprovechando de la belleza de su juventud admite cobrar lo que a ella le place sin dejar en ningún momento que sus clientes se aprovechen de la naturaleza de su empleo. Y como en otras historias sobre prostitutas, encuentra al hombre con quien decide juntarse, pero el gusto le duró poco “porque como a los seis meses de vivir juntos al pendejo lo

metieron al bote... y [tuvo] que poner[se] a talonear para no morir[se] de hambre y para poder llevarle su dinero [a su pareja]” (142). Chavela nos revela que esta es la etapa en donde generó más ingresos y al mismo tiempo en la que se sintió más libre porque nadie le hacía estorbo ni le quitaba el tiempo.

Este personaje representa un sector de trabajadoras que “entran y salen libremente [de la prostitución], y donde algunas llegan a hacerse de un capital, a impulsar otros miembros de la familia e incluso a casarse” (Lamas 56). Sin embargo, muchas de ellas tienen dificultad para vivir con dignidad ante la sociedad, ya que la mujer que ofrece servicios sexuales no encaja con el término “pureza” que está asociado con la representación femenina máxima de la iglesia católica, la Virgen. En la actualidad, en México aún se señala con menosprecio a las personas que se dedican a este oficio, ante una comunidad devota de la máxima figura femenina “la mujer diferente se reviste de ropajes de pecado y es deber de la Iglesia deshacerse de los malos ejemplos persiguiendo y juzgando a cualquier mujer que actúe de forma incoherente según lo establecido” (Fernández y María 65) y lo único moralmente aceptado de la sexualidad femenina es la reproducción. Es aparente que, no solo Chavela misma, pero el resto de personajes pertenecientes a su círculo social, no reconocen la moral religiosa que señala a las mujeres que hacen de la prostitución su modo de sustento. Es esta falta de reconocimiento sobre el pecado la que permite que Chavela lleve una vida económica y socialmente estable que la convierte en la cabeza del hogar, capaz de mantener a su hijo y a su marido, ser la dueña de su casa y su terreno, además de volverse la “jefa” del burdel en el que trabaja. Esta mujer ejerce total control sobre su cuerpo sin reparar en consecuencias de índole religiosa.

A esta libertad le sumamos el punto de vista que ofrece este personaje ante los actuales debates sobre el aborto. Chavela sabe lo difícil que es tener un hijo en la edad y las condiciones

en las que vivía por la experiencia que vivió criando a Luismi durante su adolescencia. Al darse cuenta de que Norma, la “novia” de su hijo, estaba embarazada a los trece años, no duda en preguntarle de inmediato si es que quiere tener al bebé para ofrecerle la opción del aborto.

El mejor consejo que te puedo dar es este: deja que te lleve con mi amiga; deja que te ayude con eso, y así podrás pensar bien lo que quieres hacer sin la presión de tener un chamaco en la panza, porque estás muy chamaquita para saber siquiera qué chingados quieres de esta vida, y cuando te veo es como si me viera a mí misma de chiquita y pienso: ojalá en ese momento yo hubiera tenido a alguien que me ayudara a sacarme a ese pinche chamaco a tiempo, alguien que me hubiera llevado con la Bruja. (Melchor 146)

Observamos pues, como Chavela toma como prioridad la vida de Norma, la niña que había huído de su casa para suicidarse una vez que se entera del embarazo producto del abuso de su padrastro. Una vez más, este personaje no impone ideales de carácter religioso; no le pide a Norma quedarse con el bebé “porque así lo manda Dios”, en su lugar, le permite tomar una decisión sin juzgarla, defendiendo su derecho de autonomía y privacidad sin reparar en “consecuencias divinas”. Probablemente, sin la intervención de esta mujer de pensamiento libre e independiente, la niña no hubiera tenido la oportunidad de considerar alternativas por la presión social y hubiera llevado a cabo su cometido inicial. Pero gracias a Chavela, Norma tiene la oportunidad de modificar su futuro con una nueva esperanza a través del “menjurje salvador” que le había preparado la Bruja.

Otra de las conversaciones que se abren gracias a esta historia es sobre la orientación sexual de la mano de la vida de Luismi. Criado por su abuela, desde pequeño hacía lo que quería sin enfrentar consecuencias por sus acciones y decisiones. Se puede notar que durante su desarrollo nunca se le educó alrededor de valores religiosos y con base a su comportamiento a lo

largo de la historia, parece que se trata del perfil de una persona atea. Desde el punto de vista de otras voces, se revela el modo de vida de este personaje, varios de ellos haciendo hincapié en las relaciones que Luismi mantiene con personas del mismo sexo. Una de esas personas es un ingeniero que trabajaba en una de las plantas petroleras adyacentes a la rancharía. La evidencia de su relación parte de la observación e intuición del Brando: “aquella mirada desvergonzada que el vato ponía al ver llegar a su ingeniero... Una sola vez Brando alcanzó a verlos besándose... fajando en lo oscurito como una pareja de amantes clandestinos, ...el Luismi estaba bien clavado con ese ruco, que no paraba nunca de hablar de él y de lo chingón que era” (Melchor 186-187). Así como el Brando, el resto de la gente de La Matosa ya sabían sobre la orientación expresada por el muchacho. Esto indica que Luismi no mostraba inseguridad o arrepentimiento sobre cómo decidió manifestar sus deseos sexuales y afectivos. Dentro de su cabeza, ninguna de las acciones que toma es asociada con el pecado, la condena y lo antinatural, por lo que el régimen religioso está completamente ausente dando paso a la autonomía sobre el cuerpo del personaje que se revela ante la hetero normatividad.

No es solo la personalidad de Luismi la que le permite vivir sin problema sobre esta esfera social, sino también el actuar de la gente que lo rodea que, de igual manera, no reconoce ni registra su comportamiento como algo anormal. Su padrastro, Munra, a sabiendas de las aventuras del muchacho decide no intervenir “porque a fin de cuentas cada quien hace en esta vida como quiere y como puede, ¿verdad? ¿Y [Munra] qué derecho tenía de andarse metiendo en la vida del chamaco? Ninguno” (Melchor 77). En otra ocasión, el Brando planea exponer ante su círculo de amigos lo que vio al encontrar a Luismi y al ingeniero juntos, con la intención de causar burlas y denigrar a su compañero, sin embargo, no obtiene la respuesta que desea debido a la normalización de los actos homosexuales adoptada por dicho círculo. Existe una excepción

que proviene de Yesenia, la prima del personaje, que de igual manera busca exhibir el comportamiento de Luismi, pero sus intenciones son de venganza por el trato misógino que ella recibía de parte de la abuela que los había criado, esto termina sin afectar a grandes rasgos la vida del muchacho.

La vida de Chavela y Luismi permiten abrir estas discusiones debido a que “pueden realizar... descripciones muy precisas de sus prácticas sexuales, de sus emociones y de los vínculos que establecen. Su interioridad y su sexualidad... parecen ser del todo transparentes” (Parrini 213) al haber abandonado la moral cristiana que busca restringir la sexualidad del mexicano reduciendo los usos de su cuerpo a prácticas de reproducción dentro del matrimonio, dejando fuera el placer y el sexo como forma de trabajo; misma moral que priva de la capacidad de decisión de una mujer sobre un embarazo no deseado.

Personificación de entidades sobrenaturales para expresar identidad de género y orientación sexual

Aparte de los personajes que desde la secularización han logrado liberarse de estigmas sociales que continúan existiendo a nuestros días, existen también aquellos que han decidido llevar el nombre de seres asociados con la representación la maldad, ya que esta acción les ha permitido coexistir dentro de su comunidad como lo que verdaderamente son.

A diferencia del resto de las figuras representadas en el texto, el Brando es el único personaje que sí recibe una crianza de carácter religioso. Su madre es muy devota y desde que él era pequeño ella lo llevaba consigo a presenciar misas porque estaba “convencida de que su hijo estaba poseído” (Melchor 160). De acuerdo con los valores católicos, la madre hizo todo lo posible porque Brando siguiera el “camino del bien”. Lo sentaba a rezar con ella, a ser partícipe

de las actividades de la iglesia fungiendo como monaguillo y evitaba que el niño saliera durante las celebraciones del carnaval, evento que se describía como un “aquelarre desenfrenado que inducía a los jóvenes del pueblo a la fornicación y al vicio” (168). Valores que el Brando internaliza de manera inconsciente y que después se transforman en una barrera que le impide aceptar por un tiempo los sentimientos que tenía por Luismi. En un principio se le puede ver que intenta encajar en el grupo de amigos que lo convencen de realizar actos sexuales para probar su hombría, pero batalla en muchas ocasiones forzándose a sí mismo a actuar conforme a lo establecido para su género. Aparenta estar interesado en las mujeres, pero es notorio su disgusto cada vez que interactúa con ellas de manera íntima, y solo realiza dichos actos para obtener la aprobación de su círculo de amigos. Después se entera de las relaciones de Luismi y la doctrina religiosa surte efecto cuando salen a flote sus pensamientos sobre la homosexualidad, tales como que “las prácticas homosexuales son contrarias a la ley natural” (González 39); “[son] conductas intrínsecamente desordenadas, inmorales, antinaturales, contradictorias y aberrantes” (42). Esta ideología hace eco en su cabeza y sale de su boca al observar el comportamiento de Luismi: “en el fondo todo eso de besarse con los gansos le parecía algo asqueroso, un atentado innoble a su hombría, y como era posible que Luismi se atreviera a besar a la loca esa frente a todos, si Brando siempre había pensado que Luismi era un bato bien derecho” (Melchor 181). A esto le sumamos el hecho anterior mencionado donde Brando intenta influenciar el trato de su círculo social sobre Luismi al exponer la vida íntima de su amigo.

Sin embargo, todo cambia cuando lo escucha cantar por primera vez y toma sentido el apodo que recibe Maurilio: Luis Miguel. Es a partir de este momento que Brando comienza a cuestionar sus sentimientos y se desata la batalla interna por definir su orientación sexual

después de fantasear en múltiples ocasiones con Luismi hasta que su deseo es consumado la noche que mantienen relaciones.

Previo a este encuentro, su madre y líder religioso aseguraban que Brando llevaba el diablo metido por dentro, y es en una ocasión que reflexiona sobre dicha afirmación acercándose al espejo esperando ver cambios en su fisiología acordes con aquellos característicos del ser maléfico: “un resplandor colorado al fondo de sus pupilas, o el asomo de una cornamenta sobre su frente, o la súbita aparición de colmillos” (Melchor 166). A pesar de que en esa primera instancia no vio nada diferente en su reflejo, cuando regresa atormentado por haber pasado la noche con Luismi intenta racionalizar lo sucedido, pero días después tiene una discusión acalorada con su madre que se queja preguntado por qué Dios había permitido que a su hijo se le metiera el diablo. Brando responde enojado que Dios no existe y el diablo tampoco, acto seguido entra al cuarto de baño para esta vez ver como “sus pupilas negras y los iris también negros de sus ojos crecían y se dilataban hasta velar por completo la superficie del espejo, y una oscuridad terrible lo invadía todo” (192). Posteriormente, acepta lo que siente por su amigo, pero sabe que su relación no puede desarrollarse en La Matosa y planea fugarse junto con Luismi a lugares turísticos donde nadie los conoce y pueden construir una nueva identidad, pero necesita dinero e inmediatamente piensa en la fortuna que oculta la Bruja, lo que lo lleva a planear el asalto. Al llevar a cabo su cometido regresa a su casa a lavarse la cara y vuelve a observarse en el espejo. En esta ocasión en lugar de sus ojos, su rostro mostraba dos aros de luz demoníaca que brillaban sobre el azogue sudado (206-207). Finalmente, cuando es llevado preso por sus acciones inconscientemente se acurruca en un rincón de la celda donde se observa “un espacio sobre su cabeza en aquel muro lleno de garabatos y rayones hechos con clavos que representaban nombres y apodos y fechas y corazones y vergas y coños del tamaño de monstruos mitológicos y

toda clase de escenas abominables, y en el que destacaban unas líneas de color rojo que formaban la figura de un diablo” (212). Ahí sentado, justo debajo de esta figura satánica, somos testigos de la aceptación abierta de los sentimientos de Brando cuando ve llegar a Luismi. La transformación en el diablo se ha completado y este personaje reclama: Luismi es finalmente “suyo; suyo para estrujarlo entre sus pinches brazos” (213).

En último término, está la protagonista de la historia, la Bruja. Se debe recalcar la forma tan fluida en la que se habla de este personaje, la autora hace muy buen trabajo normalizando la mayoría de las interacciones que este personaje tiene. La población de La Matosa respeta la existencia de esta mujer como tal ante la sociedad, con unas cuantas excepciones. Gracias a estas interacciones nos damos cuenta, pasando la mitad del libro, que la Bruja es una mujer trans. En ningún momento se conoce su nombre o registro, por lo que este personaje pudo llevar a cabo su transición sin ningún problema. Desde que apareció en la escena de la cotidianidad de la ranchería asistiendo a su madre la Bruja Vieja, se reconoció su identidad expresada. Su madre la llamaba zonza, cabrona, hija del diablo (13) frente a sus clientes, todos sustantivos femeninos, por lo que ellos asumieron que se trataba de una niña. Cuando comienza a crecer, su imagen sigue siendo la de una mujer, la que pasa de arriba a abajo por la ranchería haciéndose cargo de los negocios y las necesidades de su madre. Al darse cuenta de que la gente se estaba aprovechando de la Bruja Vieja, la Chica toma responsabilidad exigiendo los pagos por los servicios que ofrecían, ganándose el desprecio de algunos diciendo que se trataba de acciones de un ser satánico. La denominaron hija del demonio, ya que no se le conocía un marido a la Vieja, y ella presumía que en efecto “la Chica era hija del diablo” (21). Tras la muerte de la Vieja, la Chica hereda el oficio y reclama el nombre para salir ante la sociedad vestida con una falda, zapatos de tacón, con el cabello recogido y un velo que le cubría la cara, su único delator, para

continuar realizando sus encantamientos y hechizos para ayudar a aquel que necesitara de sus servicios. Se ganaba el respeto de la mayoría de sus clientes a base del terror que provocaba meterse con ella por su oficio, quienes se referían a ella con los pronombres correctos.

Las brujas, históricamente han representado la inconformidad de la mujer sobre normas establecidas. En la antigüedad cualquier mujer que poseía conocimientos de matemáticas y escritura era acusada de brujería y quemada en la hoguera. En el caso de esta historia, “la mujer trans [que] es leída por el resto de la sociedad como un fenómeno atípico” (Granados 63) no solo reclama el nombre “la Bruja”, sino que también personifica dicha entidad sobrenatural confirmando su descendencia satánica a través de actos propios de cierto personaje.

Tanto la Bruja como el Brando, una vez que han decidido personificar ambos seres son libres hasta cierto punto de expresar su identidad de género y su orientación sexual. La primera gracias a que desde el momento en el que aparece en escena se le aceptó con la expresión de su verdadera identidad mediante la personificación de la hija del diablo, LA Bruja del pueblo. En el segundo, apreciamos la transformación que sufre el personaje en un demonio que simboliza el rechazo de la hetero normatividad y la aceptación final por el deseo homosexual del personaje.

En conclusión, “el crimen [representado] nos recuerda a los personajes que, en nombre de la religión, la corona y la cultura, han sido perseguidos y torturados desde el siglo XVI: mujeres, homosexuales y transexuales” (Rivas, Luz y Román 68). Pero, Melchor nos muestra un poco de lo que sería de la sociedad mexicana si la religión pasa a ser una práctica personal que no exige un comportamiento determinado de otras personas, donde “la moral sexual [y la autonomía sobre los cuerpos] cada vez se convierte más en un asunto privado que sólo concierne al individuo y a la pareja” (De La Torre 25). Una luz que nos puede llevar fuera este agujero hacia un escape de la discriminación y devaluación de personas vulnerables.

Bibliografía

- De La Torre, Renée. “La Iglesia Católica En El México Contemporáneo.” *L'Ordinaire Des Amériques*, Université De Toulouse 2 - Le Mirail; Institut Pluridisciplinaire Pour Les Études Sur Les Amériques à Toulouse (IPEAT), 1 Nov. 2015, <https://journals.openedition.org/orda/2616?lang=es>. Accessed 2 May 2022.
- Fernández Laveda, and Elena María, et al. “Histeria: Historia de La Sexualidad Femenina.” *Cultura de Los Cuidados*, vol. 18, no. 39, 2014, pp. 63–70, <https://doi.org/10.7184/cuid.2014.39.08>. Accessed 1 May. 2022.
- Godínez Rivas, Gloria Luz, and Luis Román Nieto. “De Torcidos Y Embrujos: Temporada De Huracanes De Fernanda Melchor.” *Anclajes: revista del Instituto de Análisis Semiótico del Discurso*, vol. 23, no. 3, Universidad Nacional de la Pampa, 2019, pp. 59–70, <https://doi.org/10.19137/anclajes-2019-2335>. Accessed 10 Apr. 2022.
- González Pérez, María De Jesús. “Minar El Principio de Laicidad: Discurso de La Iglesia Católica Sobre La Homosexualidad En México.” *La Manzana de La Discordia*, vol. 8, no. 2, 2016, pp. 31–47, <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v8i2.1539>. Accessed 17 May 2022.
- Granados Cosme, José Arturo, et al. “Performatividad Del Género, Medicalización y Salud En Mujeres Transexuales En Ciudad de México.” *Salud Colectiva*, vol. 13, no. 4, Universidad Nacional de Lanús, 2017, pp. 633–46, <https://doi.org/10.18294/sc.2017.1363>. Accessed 17 May 2022.
- Lamas, Marta. “Aborto, Derecha y Religión En El Siglo XXI.” *Debate Feminista*, vol. 27, 2003, pp. 139-164. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2003.27.764>. Accessed 17 May 2022.

- Lamas, Marta. "¿Prostitución, trata o trabajo?" *Nexos: Sociedad, Ciencia, Literatura*, vol. 36, no. 441, Sept. 2014, pp. 55-62. Gale Academic OneFile, link.gale.com/apps/doc/A383327767/AONE?u=csumb_main&sid=bookmark-AONE&xid=6ef643cf. Accessed 16 May 2022.
- Parrini, Rodrigo, et al. "Transgresiones Normalizadas: Consumo, Mercado y Sexualidad En México." *Debate Feminista*, vol. 49, 2014, pp. 211–227, <http://www.jstor.org/stable/44735248>. Accessed 10 Apr. 2022.
- Renata Piola, María. "Alteridad y cultura: 'Ninguna mujer nace para puta'." *Kairos*, vol. 12, no. 21, June 2008. Gale Academic OneFile, link.gale.com/apps/doc/A197990662/AONE?u=csumb_main&sid=bookmark-AONE&xid=a4b3e657. Accessed 2 May 2022.